



JUAN CRUZ VARELA

**Por la libertad a Lima
Argentina**

ODA

¿Cuál embriaguez, cuál entusiasmo mi alma
hoy arrebatan? ¿Y en la sangre mía,
por qué un hervor desconocido siento?
¿Quién, con alegre voz, la quieta calma
se atreve a perturbar, en que yacía, 5
víctima inútil de un dolor violento?
Vosotras sois, oh, vírgenes del Pindo,
las que agitáis mi pecho... Perdonadme
si a vuestro imperio, dócil, no me rindo;
y de una vez dejadme 10
que en lugar de mi canto
sobre mi triste patria vierta llanto.

¿Y cómo he de cantar? Desde la orilla

del argentino río, hasta las cumbres
de los montes que a Salta predominan, 15
¿no veis, no veis que la mortal semilla
de destrucción cundió?... ¡Qué pesadumbres,
qué lágrimas, qué duelo! Se amotinan
funestas las pasiones en un año:
¡oh, año veinte del siglo! Tú acabaste, 20
y contigo tu horror; empero el daño
que en pos de ti dejaste
pesarlo es imposible³⁴¹,
y enmendarlo tal vez, porque es terrible.

Mas, ¿qué gozo hasta hora no sentido 25
mi corazón inunda de repente?
¿Cuál Dios parece que mi pecho inflama?
¿Será, será verdad que desmentido
queda mi horrible anuncio eternamente,
y que el llanto ya en vano se derrama? 30
Sí, vírgenes, corred: las victoriosas
sienes del vencedor orlad festivas
de albo jazmín, y de laurel, y rosas;
y entre alabanza y vivas,
a los libertadores 35
el camino cubrid de palma y flores.
Oigo el eco veloz, que atravesando
del Pacífico mar la quieta hondura,
resuena de los Andes en la cima;
ya, ya llega a nosotros, proclamando 40
de San Martín el nombre, y la bravura
de los que dieron libertad a Lima.
¡Libertad! ¡Libertad! no más resuena
por todo el continente; y el ruido
del último eslabón de la cadena 45
en trozos dividido,
amedrenta y aterra
a todos los tiranos de la tierra.

Y todo cierto fue. Los batallones
condujo San Martín; y se tendieron 50
en frente de las hórridas murallas
coronadas de muerte. Las legiones
que al tirano servían, contuvieron
medrosas el furor de las batallas.
El pavor y el asombro y el espanto 55
delante nuestras filas se movían;
y en medio de las filas entretanto
serenos presidían
el valor, la firmeza,

la confianza en el jefe y su entereza. 60

Acudid, acudid al muro fuerte,
erguidos héroes de la erguida España;
abrid las férreas puertas, y lanzando
las falanges al campo de la muerte,
en el campo venced. La fiera saña 65
de vuestros duros pechos derramando
sobre los libres que tenéis al frente,
vengaos en ellos: decidid al cabo
si el Perú debe ser independiente,
o si, por siempre esclavo, 70
en vano, en vano anhela
el genio grande que a librarlo vuela.

Esos son, esos son los que dos veces
en Chacabuco y Maypo ya os mostraron
que humillar saben el poder de Europa, 75
y convertir sus triunfos en reveses.
El mismo rayo lanzan que lanzaron,
vibran el mismo acero: ésa es la tropa,
y ése su general. La misma guerra
que al despotismo ibérico han jurado, 80
conducen hoy a la domada tierra,
que el yugo abominado
de vuestra tiranía
sacudir sin su amparo no podía.

¡Qué! ¿Abandonáis de un golpe las venganzas 85
dos lustros en vuestra alma envejecidas,
y el enconoso y temerario empeño?
¡Oh!, dejad, si podéis, las esperanzas
de los libres del Sud desvanecidas:
el Perú conservad a vuestro dueño, 90
y enseñadnos de nuevo a ser esclavos.
Pero ¡qué! ¿no salís del doble muro
a llamar al combate a nuestros bravos?
Mirad que más seguro
nuestro triunfo se acerca, 95
y más vergüenza y más oprobrio os cerca.

¡Desgraciada ciudad! Ya pocos soles
te van a ver cautiva. ¡Hermosa Lima,
orgullo noble del Perú opulento!,
ya de tus torres las soberbias moles 100

muy en breve verán desde su cima
flamear el patrio pabellón al viento.
El grande general de día en día
redobla su tesón irresistible,
y la estrechez del sitio. Tal sería 105
Aquiles invencible
cuando a Ilión asediaba,
y a la vista de Ilión no se arredraba.

Pero ya se oye el llanto entre los muros,
y la lánguida voz de la miseria, 110
y la desesperación de la hambre insana.
El pueblo ya murmura de los duros
visires que lanzó la ávida Iberia
para horror de la tierra americana.
Mas los visires, sordos a las voces 115
del pueblo, nada escuchan; y entretanto
escuálidos los rostros más atroces,
que antes daban espanto,
veo que los aceros
caen de la débil mano a los guerreros. 120

Crece la confusión: el miedo vaga
por entre los soldados, repitiendo
de Ricaford y Orrelly los desastres,
y los de otros sin fin. Ya ven que amaga
igual rayo sobre ellos, y temiendo 125
nueva desolación, nuevos desastres,
no hay poder que los lleve al campo honroso
que la libertadora hueste pisa,
a disputar su posesión; medroso,
cada hombre en él divisa 130
su sepulcro, y presente
lo que es en campo abierto nuestra gente.

En tanto la esperanza ya se cierra
de resistir más tiempo. Decidido
San Martín a vencer, redobla, apura, 135
todos los medios que le da la guerra;
guerra, cuyos horrores, condolido
hace sentir a un pueblo sin ventura,
que clama por ser libre, y humillado
vive en degradación. Pero ya el día, 140
está pronto a lucir, que decretado
el justo cielo había;
el cielo que se cansa
de ver tanto delito sin venganza.

¿Cuál estrépito horrísono en las plazas 145
de la oprimida capital se siente?
¿Qué repentino movimiento lleva
por doquier las falanges? ¿Qué amenazas!
¿Qué clamor a la vez! Se cree valiente
el bárbaro español, ¿y así se ceba 150
del pueblo inerme en el brutal saqueo?
¿Cobardes! Ya, perdida la esperanza,
¿vuestro oprobio ha de ser vuestro trofeo?
¿Será que la venganza
hasta la afrenta os lleve? 155
Pero, ¿cuándo un tirano no es aleve!

Mas no osarán, oh, San Martín terrible,
arrostrar tus enojos, Hélos, hélos
que ya la capital abandonando
a tu poder tremendo, irresistible, 160
de la encumbrada sierra por los hielos
asilo a su vergüenza van buscando.
Donde la planta fijan, allí imprimen
la huella del horror. ¿A dónde empero
evitarán su ruina, si ya esgrimen 165
sobre ellos el acero
los guerreros que enviaste
a consumir la obra que empezaste?

Entra, genio inmortal: anega tu alma
en el placer de libertar tu suelo; 170
entra en la gran ciudad, y los abrazos
recibe de los libres, y la palma
con que tu triunfo coronó tu anhelo.
Has roto ya los apretados lazos,
y el férreo yugo del Perú oprimido. 175
Por doquier haya libres en el mundo,
y resuene tu nombre, será oído
con respeto profundo,
y la Fama sonora
lo cantará por cuanto Febo dora. 180

¿Cuál se goza la América, elevando
cada vez más y más su digno trono
sobre las ruinas de ambición iberá!
Sus hijos, sus derechos recobrando,
el nombre abominable de colono 185
para siempre borraron. Nueva era,

nuevo tiempo se cuenta. La memoria
de nuestra antigua servidumbre, hundida
en el olvido yazca. Si en la historia
debe ser repetida, 190
que solamente sea,
porque nuestra justicia allí se lea.

¡Provincias!, que en el Sud del Nuevo Mundo
disteis de libertad el primer grito,
y el primer estandarte levantasteis: 195
sobre vosotras, sí, su aliento inmundado
la anarquía sopló; pero al Cocito
el monstruo horrible de una vez lanzasteis.
El funesto año fue; y al negro olvido
está ya su memoria encomendada. 200
A honor mayor volvéis. Tal, combatido
por la mar irritada,
vaga un bajel incierto,
y escapa de la mar, y gana un puerto.
Abríos hoy a nuevas esperanzas; 205
mirad en el Perú vuestros hermanos
ya libres de opresión. Esas legiones
que obraron de la patria las venganzas,
de que temblaron siempre los tiranos,
y arrollaron doquier sus batallones, 210
de vuestro seno fue de do salieron
para librar a Chile, y lo libraron;
de allí animosas al Perú partieron,
y en el Perú mostraron
que ya diez años hace, 215
que el sol las mira libres cuando nace.

¡Gozaos, pueblos todos! ¡Ea!, abramos
los cimientos del solio extenso, eterno,
do algún día la patria se coloque
con esplendor sin par. Ya, ya tocamos 220
el término a los males. El Averno
trague hasta el nombre vil del que provoque
el furor de los libres. Nuestros hijos
oigan contar el entusiasta anhelo
del héroe San Martín, y los prolijos 225
trabajos de su celo;
y respeten su gloria
hondamente grabada en la memoria.

Sí, digno general: Aníbal mismo
envidiara tu nombre si existiera; 230

que alguna vez a Aníbal excediste.
¡Con qué placer su heroico patriotismo
reproducido en ti Washington viera!
Su sombra ilustre por doquier te sigue,
y tuyas son tus obras. No, no acabes 235
sin que acabe el tirano en justa guerra;
y cuando el crimen de tres siglos laves,
da la paz a la tierra;
que desde hoy para entonces
tuyo es el mármol, tuyos son los bronce. 240

Y vosotros ¿qué hacéis, imitadores
de Píndaro inmortal, hijos amados
del padre de la luz y la armonía?
Cantad a San Martín y sus loores,
llevad en vuestros metros delicados 245
desde do nace hasta do muere el día.
De todo triunfa el tiempo. Sin las musas
un héroe al fin no es héroe; que perdido
debe quedar su nombre en las confusas
tinieblas del olvido, 250
después que, ya pasados,
caen siglos sobre siglos despeñados.

Solo es dado a los versos y a los dioses
sobrevivir al tiempo. ¿Quién ahora
a Eneas y sus hechos conociera? 255
¿Quién de Príamo triste los atroces
dolores, y la llama asoladora
de su infeliz ciudad, si no viviera
la musa de Marón? Y sin Homero,
¿qué fuera ya de Aquiles? Los loores 260
cantad, cantad del inmortal guerrero,
y tributadle honores
que no puede mi lira,
porque es débil la musa que me inspira.

El 10 de julio de 1821

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

